

podrían apoyarse sobre nada positivo, para justificarse del reproche de lo arbitrario. A las invenciones fantásticas del hombre la historia del Evangelio opone las manifestaciones positivas de Dios.

La Transfiguración no es un hecho accidental en la vida de Jesús, ella corresponde á las leyes que rigen el desarrollo; ahora, una de las más constantes, es que la humildad del hombre hace siempre brillar en Jesús al Dios oculto: mientras más se humilla en la aceptación voluntaria del sacrificio, del dolor y de la muerte, la divinidad resplandece más en él y le exalta.

Cuando él va á pedir el bautismo de Juan, como un pecador, el cielo se abre sobre su cabeza; en el momento en el que él se resuelve á cumplir toda la justicia, él se escucha llamar el Hijo muy amado del Padre; en pleno triunfo galileo, él renuncia á toda gloria terrestre, rechaza la intervención de un pueblo presto á proclamarle rey, y, en la misma noche, camina sobre las aguas, calma la tempestad, y aparece el soberano de la naturaleza; él viene á declarar á sus discípulos que él debe ir á Jerusalem, á sufrir y á morir; seis días después, hele aquí en la gloria de su Reino, superior á Moisés y á Elías, maestro universal y único, resplandeciente de claridad y de inmortalidad, transfigurado con la luz de su Padre; algunos meses más tarde, abrumado por el pensamiento de sus sufrimientos, él clamará á su Padre: "Sálvame. . . ¡Mas yo he venido para sufrir, oh Padre, glorificad vuestro nombre!" Una voz poderosa como el rayo le responderá: "Yo le glorificaré."

Llegada la hora, él se entregará al insulto, á la muerte, bajará al sepulcro; el Espíritu vivo le arrancará de la muerte y de la tumba para arrebatarse á la gloria.



CAPITULO XII.

ULTIMAS PLÁTICAS EN CAPHARNAUM.

El gran medio de afirmar el valor y la voluntad desfallecida, de calmar las vacilaciones del espíritu ante el obstáculo y los peligros, es mostrar, aun cuando no sea sino por un instante, la verdad, la belleza, la santidad y la gloria que resultará del obstáculo vencido. La esperanza, con esta vista, se levanta, las convicciones se enardecen, y el alma, deslumbrada se hace capaz de todo. Al obrar así respecto á tres de sus discípulos, Jesús ha puesto en ellos un germen de energía, y se ha reservado un punto de apoyo para levantarles á todos; el abatimiento, el desaliento, las angustias, vendrán á estrellarse contra el valor y la fe de los tres privilegiados.

Al día siguiente, Jesús descendió con ellos del Thabor. Caminando les dijo:

—"No conteis á nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos."

Los dones divinos exaltan al alma y la hacen expansiva.

1 Mat., XVII, 9 y sig.; Marc., IX, 8 y sig.

pero no siempre es bueno publicarlos; por causa de su misma grandeza, ellos no hallan á menudo más que incrédulos; se les profana al descubrirlos. Sepultados en la conciencia que ha sido testigo, ellos la afirman y la iluminan; prematuramente divulgados, su virtud se evapora.

Los tres apóstoles, al mandato del Maestro, guardaron entre sí ese secreto, tratando de comprender y no explicándose lo que él quería decir por estas palabras: "Hasta que él haya resucitado de entre los muertos."

¿De qué resurrección se trataba? ¿Jesús hablaba en sentido figurado? ¿Debía él resucitar materialmente ó hacía alusión al restablecimiento del reinado de Israel después de su muerte? Esta última hipótesis les preocupó.

—¿Qué dicen entonces los Fariseos y los Escribas, preguntaron ellos, que Elías debe venir antes de la restitución del reinado de Israel?

—"Sí, respondió Jesús, Elías debe venir antes de la venida del Hijo del hombre, y restablecer todas las cosas para abrirle el camino; y, como está escrito del Hijo del hombre, es preciso que él sufra mucho y que sea despreciado. Pero, yo os digo: Elías ya vino, y ellos no le han conocido, y como está escrito de él ellos han hecho contra él todo lo que han querido. El Hijo del hombre, igualmente deberá sufrir por ellos."

Los apóstoles comprendieron que él hablaba de Juan Bautista. El dolor se impone como una necesidad á todos los enviados de Dios; Juan Bautista ya le sufrió, y Jesús camina á su encuentro.

Al unirse á los discípulos, al pie de la montaña,¹ vió en derredor de ellos á una numerosa multitud y á los doctores disputando con ellos; su llegada inesperada causó una gran emoción; él tenía todavía alrededor de su frente un reflejo de claridad celestial; se acudía á él, se le saludaba.

—"¿De qué disputáis juntos?" preguntó.

¹ Mat., XVII, 14 y sig.; Marc., IX, 17 y sig.; Luc., IX, 37 y sig.

—Maestro, le respondió un hombre del pueblo, prostrado de rodillas, yo os he traído á mi hijo. Tened piedad de él; es un lunático, y sufre mucho, él está poseído de un espíritu malo. Siempre que el espíritu se apodera de él, le derriba por tierra y arroja espuma, cruje los dientes y se seca. Yo he dicho á vuestros discípulos que le arrojen; pero ellos no han podido.

Esta impotencia de los discípulos debió provocar las burlas y los ataques de los fariseos mezclados á la multitud. Jesús quedó sorprendido sobre todo de la incredulidad general. Todo el mundo carecía de fe: el padre del lunático, los Escribas, el pueblo, hasta los discípulos.

El lanzó un grito de indignación:

—¡Oh! raza incrédula y perversa ¿hasta cuándo estaré entre vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré?

Pero á la sola vista de un dolor que curar ó que consolar, la compasión se apoderaba de él sobre cualquier sentimiento.

—"Traedme," dijo.

Tan luego como el niño hubo visto á Jesús, el espíritu le atormentó, le derribó violentamente; y se revolcaba arrojando espuma.

—"¿Cuánto tiempo hace que está en este estado?" preguntó Jesús al padre.

—Desde su infancia. A menudo el espíritu le arroja al fuego y en el agua para hacerle morir. Si vos podéis algo, por piedad, salvadnos.

Esta palabra del padre: "Si vos podéis," no revelaba para nada la fe.

—"Si tú puedes creer," dijo entonces Jesús, "todo es posible al creyente."

Al instante, el padre exclamó con lágrimas:—Yo creo, Señor, ayudad mi incredulidad!

La multitud aumentaba en torno de Jesús. Entonces él amenazó al espíritu impuro:

—“Espíritu sordo y mudo, yo te mando, sal de este niño y no entres más en él.”

El espíritu lanzó un gran grito, le agitó con violencia y salió. El niño cayó inerte.

Está muerto, se decía.

Pero Jesús le tomó de la mano y le levantó; él se puso en pie. Estaba curado.

La pintura tan viva y tan detallada que el segundo Evangelio nos da del niño enfermo, hace pensar en la epilepsia. Habría error en concluir que esta enfermedad férica excluía la posesión, y que en este caso como en todos los demás, la ignorancia y la superstición únicamente han podido ver ahí una acción del espíritu malo. Jesús no se ocupa de la enfermedad corporal. Los desórdenes violentos que presenta el pobre epiléptico no son para él más que la manifestación de una potestad satánica por la que él está esclavizado.

A este agente misterioso es al que él ordena; al arrojarle, él curó.

Todo el secreto de su acción sobre la humanidad, sujeta á las potestades del mal, se manifiesta en este hecho; es por ella por la que la humanidad libertada escucha la voz de Dios, aprende á alabarle, y halla con la libertad la calma que ninguna vicisitud turba más.

Inmediatamente después, Jesús dejando al pueblo en la admiración de la potestad de Dios, y á los Escribas en su confusión, se refugió en una casa con sus discípulos.

Esta curación les pareció tanto más milagrosa cuanto que ellos habían comprobado su impotencia. Se acercaron á su Maestro, y, en secreto, le dijeron:—¿Por qué no hemos podido arrojar á ese demonio?

—“Por causa de vuestra poca fe, les respondió. Si, yo os afirmo, si tuviérais fe, como el grano de mostaza, humilde como él, pero fuerte como él, diríais á esta montaña: Pasa de aquí para allá, y la montaña pasaría. Nada os sería imposible.

En la doctrina de Jesús, la fé, en efecto, nos hace participantes de la vida misma de Dios y de su potestad. No es el hombre quien obra en el creyente, es Dios mismo.

En seguida, agregó: “Esa especie de demonio carnal é inveterado, no se puede lanzar sino por el ayuno y la oración.”

Esas dos palabras expresan lo que debe ser la fe: por el ayuno, ella nos arranca á todo lo que es materia y fuerza creada; por la oración ella nos une al Ser, á la luz, á la bondad, á la potestad de Dios. El ser humano está derribado; él ya no tiene arraigo en el mundo terrestre para el que muere, él tiene su fuente de vida en el mundo divino, del que llega á ser el instrumento irresistible.

Cuando se sigue á través de los siglos la acción de Jesús sobre las conciencias, se ve que ellas no están salvadas sino por la doble fuerza que él reveló á sus discípulos. Si el hombre de Dios no sacrifica con una abstención generosa todo lo que es humano, terrenal y creado, si él no se entrega con la oración al amor de Dios, fuente de todas las energías celestiales, él es impotente para levantar á las almas sobre la tierra para conducir las á la vida del Espíritu, y es preciso que el Cristo invisible intervenga para suplir la debilidad de sus enviados.

Esta plática pasó en las cercanías del Tabor. Jesús partió de allí con sus discípulos en dirección de Capharnaum, atravesando la Galilea; él no quiso despertar la atención del pueblo en ese viaje que se verificó en secreto; caminando, enseñó á sus discípulos.

El pensamiento de su muerte próxima no le abandonaba, él se la recordaba.

Mientras que ellos caminaban, les dijo de repente:

—“Poned estas palabras en vuestro corazón: el Hijo del hombre debe ser entregado á las manos de los hombres; ellos le matarán; y el tercer día después de su muerte, resucitará.”

Pero ellos no entendían ese misterio, siempre velado para

ellos; no solamente ellos no le comprendían, temían interrogar al Maestro á este respecto.¹

El hombre huye la verdad que ofende á su razón y que á menudo le humilla. Nada era más chocante para los judíos que la idea de un Mesías sufriente y víctima. Los Apóstoles son muy de su raza; aun después de haber confesado con una fe sincera la filiación divina de su Maestro, véseles refractarios á creer en su suplicio y en su derrota momentánea; y, mientras que Jesús conduce su pensamiento á esta idea, para familiarizarles poco á poco con lo que ella tiene de triste y de terrible, ellos piensan, en la gloria de su Reino, y disputan los unos con los otros, á escondidas de su Maestro, respecto de su primado en el Reino mesiánico.

La pequeña caravana llegó á Capharnaum.

Un incidente marcó el regreso.² Esta era justamente la época en la que los receptores del fisco recogían el impuesto; ellos se acercaron á Pedro, preguntándole: ¿Acaso tu Maestro no paga la didracma? ³ Mi Maestro la paga, respondió Pedro.

Ahora, como él entrase á la casa para prevenir á Jesús, Jesús fué quien le previno.

—“¿Qué te parece, Simón? le dijo: ¿de quién los reyes de la tierra reciben el tributo ó el censo? ¿de sus hijos ó de los extranjeros?”

—De los extranjeros, dijo Pedro.

—Entonces, replicó Jesús, “los hijos están libres. Sin embargo, para no escandalizarles, ve á la mar, arroja el anzuelo, toma el primer pescado que subirá, abre su boca, ahí hallarás un estater; dámelo para mí y para tí.”

¹ Luc., IX, 45.

² Mat., XVII, 23 y sig.

³ Algunos autores han visto en el impuesto reclamado á Jesús el impuesto sagrado del Templo. La interpretación puede ser admitida; ella no cambia para nada la significación del hecho. Cf. Lightfoot, *Horæ hebraeæ, et talmudicæ*, ad h. l. El impuesto del Templo, como el de los Romanos, era de dos dracmas por cabeza (1 frac. 75 de la moneda francesa). El primero era percibido en el mes de Adar (Febrero), un poco antes del principio del año religioso; el segundo en la fiesta de los Tabernáculos, en el mes de Tisri (Septiembre-October), antes de la renovación del año civil.

Este hecho que el primer Evangelio sólo ha consignado en su narración, contiene una alusión á la filiación divina de Jesús. Si él rechaza todo reinado terrestre, él deja entender que él es el hijo del Rey eterno; con este título, él se declara libre, él y todos los que participan de su Reino. Pero el Hijo de Dios que ha tomado la forma de esclavo, para salvar á los hombres, sabe también, para guiarles, renunciar á sus derechos. La caridad es más elevada que la justicia; reivindicar sus derechos es un acto de justicia; sacrificarlos, un acto de caridad; Jesús obedeció á la caridad, y da un ejemplo nuevo de abnegación al hombre tan interesado, tan exigente, cuando se toca á sus derechos é intereses: él pagará el impuesto, pero haciendo resplandecer su potestad divina, y enviando á Pedro á buscar los dos didracmas en la boca de un pescado.

En el mismo momento, los discípulos entran en la casa de Céphas. Cuando todos estuvieron reunidos, Jesús les preguntó:

—“¿De qué hablabais en el camino?”

Ellos callaron, un instante, no osando responder. En fin, ellos confesaron que habían discutido juntos acerca de la primacía en el Reino de los cielos.

Adivinase, por este detalle característico, las pequeñas pasiones que se agitaban en el círculo íntimo del Maestro. Pedro había sido designado como el jefe; Santiago y Juan parecían gozar de cierta predilección. Ahora, esas preferencias marcadas no quedaban sin despertar en los otros algún celo y alguna envidia. Dios es el dueño de sus dones; en vez de gozar con el bien de todos, el hombre egoísta, vanidoso, interesado, se prevale, y, hasta en la proximidad de Jesús, él se mueve, se busca, pondera sus méritos, desprecia los de los demás y aspira á la primacía. De ahí, las disputas agrias, las competencias, las ofensas, las heridas del amor propio.

Jesús conocía esas miserias que turbaban la paz y la unión entre sus discípulos; y á curarlas consagró el último día, tal vez las últimas horas en Capharnaum.

El quiso tener con ellos una plática íntima, y se retiró sin duda á la cámara alta. Habiéndose sentado, llamó á los Doce.

—“Aquel que quiera ser el primero,” les dijo, “será el último y el servidor de todos.”

En seguida, hizo venir á un niño y le colocó entre ellos:

—“En verdad, yo os digo, si vosotros no cambiáis y no os hacéis como los niños, no entrareis en el Reino de los cielos. El que se haga pequeño como este niño, este es el más grande en el Reino.”

Ser el último, el servidor de todos, hacerse pequeño, reconocer la vanidad de su razón y de su ciencia, de su fuerza y de su voluntad, de su virtud y de su genio, de su actividad y de sus ambiciones, de sus intereses, de sus placeres y de su gloria, en una palabra, confesar su propia pequeñez: hé aquí la condición para entrar y para ser grande en el Reino del cielo. Dios no se comunica sino á los humildes y á los pobres, á los hambrientos que claman á él con el sentimiento verdadero de su miseria. Esta es la doctrina reservada de Jesús; él la recuerda á los Doce, mostrándoles á ese niño, como el símbolo de la debilidad, del candor y de la humildad.

La vista de este ser inocente y dulce le emocionó; todo lo que era débil y puro le atraía; le besó.

—“Todo el que reciba en mi nombre á un pequeñuelo como éste,” dijo, “me recibe á mí, y todo el que me recibe, recibe aun, no solamente á mí, sino á Aquel que me ha enviado.”

Jesús, con su bondad, se identifica con todo lo que es pobre, impotente, desdichado. Ayudar á la debilidad, acogerla por su causa, según su expresión, es ayudarla y acogerla; es acoger al mismo Dios.

Esta exhortación parece haber turbado la conciencia de uno de los Doce.

—Maestro, dijo Juan, nosotros hemos visto á alguno que arrojaba á los demonios en vuestro nombre, y lo hemos impedido, porque él no os sigue como nosotros.

1 Mat., XVIII, 1 y sig.; Marc., IX, 34 y sig.; Luc., IX, 46.

—“No lo impidais,” respondió Jesús; “cualesquiera que no está contra vosotros, está por vosotros.”

Hacer el bien en nombre de Jesús, es estar en comunión de espíritu con él, y aun cuando no esté visiblemente asociado á la comunidad de los discípulos, se permanece, aislado, un auxiliar útil.

—“Aun cuando no se os diera,” agregó, “mas que un vaso de agua en mi nombre, en verdad, yo os digo, no se perderá la recompensa.”

Ningún beneficio está olvidado en el Reino; pero ¡desdichados de aquellos que hicieron el mal á los pequeños y á los débiles!

—“El que escandalizare á uno de esos pequeñuelos que creen en mí,” añadió con un tono amenazador, “más le valiera que se le atase una piedra de molino al cuello y que se le arrojara al mar.”

¡Desdichado del mundo por causa de los escándalos! Es preciso que ellos lleguen; sin embargo, desdichado de aquel por quien viene el escándalo!

Jesús quería que se fuese inexorable con la huida y economía de todo lo que lleva al mal.

“Si vuestra mano os escandaliza,” dijo con un lenguaje severo, “cortadla y arrojadla lejos de vosotros; más vale entrar mutilado á la vida, que teniendo dos manos, ir al infierno. Si vuestro pie os escandaliza, cortadle, vale más entrar cojo á la vida, que teniendo dos, que ser arrojado al infierno que siempre arde, en donde la polilla no muere y en donde el fuego no se extingue nunca.

“Que si vuestro ojo os escandaliza, arrancadle; vale más para vosotros entrar con un ojo en el Reino de Dios, que teniendo dos ojos, ser arrojado al infierno, en donde la polilla no muere y el fuego no se extingue nunca.

“Porque como toda víctima está salada por la sal que la hace incorruptible, ellos serán salados por el fuego y conservados por él.”

“Siéntese en las palabras de Jesús la cólera de la bondad. La justicia es menos terrible que las santas represalias del amor. Inducir al mal á los débiles, á los pequeñuelos sin defensa, ésta es la obra satánica. El mundo en donde reina Satanás, vive de esos escándalos, de esas opresiones, de esta tiranía. El niño que sirve de parábola viva á Jesús, representa á toda la humanidad, con sus ignorancias y preocupaciones que son la debilidad de la razón, sus instintos que son la debilidad de la voluntad, su miseria que es la debilidad de la vida. Explotar semejante miseria, despreciarla, apartarla de Dios sobre todo quien es el verdadero, y el único remedio: hé aquí el escándalo supremo. Jesús tenía á la vista ese crimen que le indigna, ¿el pueblo de Galilea no fué la víctima de los grandes, de los doctores y de los Escribas cuya autoridad, la falsa ciencia, las amenazas y la astucia se esforzaban en apartarle de él? Este espectáculo hizo desbordar su cólera divina.

—“Tened cuidado,” añadió, “de despreciar á uno de esos pequeñuelos! Hay en ellos una fuerza celestial que les protege contra sus opresores. Sus ángeles ven sin cesar la faz de mi Padre que está en los cielos.”

Jamás el carácter sagrado, el derecho del ser débil, han sido más viva y más tiernamente exaltados. Jesús no agotó nada á este respecto; todo lo que ahí habla de compasión y de ternura, de piedad y de amor, brotaba como una fuente viva, inagotable.

—“El Hijo del hombre,” dijo todavía, “no tiene más que un destino: salvar lo que está perdido.” La humanidad entera se aparecía como el ser débil y separado que él debía sostener y conducir.

—“¿Qué os parece?” dijo á sus discípulos: “Un hombre tiene cien ovejas, y una de ellas se aparta. ¿No deja en la montaña las noventa y nueve, y va á buscar aquella que se perdió? Y si la halla, en verdad, os digo, ella le produce más alegría que las noventa y nueve que no se habían extraviado.”

La inmensa bondad de Dios se revelaba así en el pensamiento de Jesús. El Padre es el buen pastor; él no quiere que una sola de sus criaturas perezca, y para hallarla es para lo que envió á su Hijo sobre la tierra.

La verdadera marca de la bondad está en el perdón, Jesús invita á él á sus apóstoles.

—“Si alguno de vuestros hermanos ha pecado contra vosotros, id y llevadle á solas. Si él os escucha, habréis reducido á vuestro hermano; si él no os escucha, tomad todavía con vosotros una ó dos personas, á fin de que, por la palabra de dos ó tres testigos, todo quede tranzado. Si él no os escucha, decidlo á la asamblea de los hermanos, á la Iglesia, y si él no escucha á la Iglesia, que él sea para vosotros como un pagano y un publicano. Lo que atareis en la tierra atado será en el cielo, y todo lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo.”

El deber de la caridad es buscar al hermano extraviado, sin cansarse jamás, hasta que ella se choque con la obstinación declarada, invencible. Aquel que se mantiene en el odio y en la injuria no pertenece más á la Iglesia, porque ya no tiene en él el Espíritu de Dios.

—“Mas, al contrario,” dijo Jesús, “cuando dos de entre vosotros solamente se avengan en la tierra, cualquier cosa que pidan, la obtendrán de mi Padre que está en los cielos; sí, ahí en donde dos ó tres estén reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos.”

Estas sencillas palabras resumen en su esencia misma la obra de Jesús. El es el lazo de aquellos que están unidos en su nombre, y él está en medio de ellos; su Espíritu vivo gime en ellos, apela al Padre y obtiene todo de su misericordia. Jesús trabaja en este agrupamiento de hombres, en esa asamblea universal; los discípulos que le rodean y á quienes prodiga su sabiduría, su potestad, su amor, realizan ya la unidad de su Iglesia que aparece, en ese mismo día, con el poder de perdonar sin cuenta. El Espíritu de que ella vive es misericordia y

piedad; obedeciéndole es como ella continuará la obra de su Maestro en esta humanidad quien, pecando siempre, siempre tiene necesidad de perdón.

Una pregunta de Pedro provocó esta declaración de Jesús respecto al deber y al poder de su Iglesia.

—¿Cuántas veces, preguntó, perdonaré á mi hermano, que peque contra mí? ¿Hasta siete veces?

A la misericordia siempre parcimoniosa del hombre, el Maestro opone su misericordia infinita.

—“Yo no te digo hasta siete veces, yo te digo hasta setenta veces siete.”

Todo el espíritu del Reino está ahí. Jesús lo expresa en una parábola conmovedora:

El Reino de los cielos es semejante á un Rey que pidió cuenta á sus servidores. Se comenzó por llevarle uno que debía seis mil talentos; pero él no tenía con qué pagarlos. El Señor ordenó venderle, á él, á su mujer y á sus hijos, para pagar su deuda.

“El servidor cayó de rodillas, suplicando á su señor:

—“Yo os ruego, dijo, tened paciencia, y os devolveré todo.

“El señor tuvo piedad de él y le despidió perdonándole su deuda; pero él, cuando salió de la casa de su señor, encontró á uno de sus compañeros que le debía cien denarios. El le asió de la garganta, y le ahogaba diciendo: Dame lo que me debes.

“El deudor cayó de rodillas:—Ten paciencia, le dijo, y te devolveré todo.

“El fué inflexible é hizo poner á su compañero en la prisión, hasta que su deuda fué pagada. Los demás sirvientes, al ver esto, quedaron indignados, y fueron á referir á su señor lo que pasaba.

“Este hizo llamar al primer servidor:—Mal servidor, le dijo, yo te he perdonado toda la deuda, porque me lo habías supli-

cado. ¿No debías tener piedad de tu compañero, como yo la tuve de tí?

“Y, no escuchando mas que á su cólera, el señor le entregó hasta qué pagase todo.

“Así os tratará vuestro Padre celestial, si no os perdonáis los unos á los otros.”

El Reino de Jesús es el reino de la caridad, bajo su forma la más necesaria, el perdón. Cualesquiera que esté incorporado á él, ha sido perdonado de Dios, y desde entonces, nuestro deber es perdonar á nuestros hermanos. La misericordia de Dios es sin límites, la nuestra debe ser como la suya, sin medida. Desdichado del hombre que se rehusa á la piedad. El ser inexorable se chocará con la justicia inexorable de Dios.

Ninguna virtud exige más heroísmo. El hombre parece haber nacido implacable; si él no puede vengarse, él guarda en el fondo del corazón el resentimiento amargo, y al no perdonar, él se alimenta con el deseo de las represalias; Jesús exige el heroísmo, y, al imponerle al hombre, él le recuerda que el hombre debe obrar como Dios.

Se ve con qué familiaridad confiada los discípulos le interrogaban, con qué dulzura él les instruíra, les corregía, los educaba. Jamás la conciencia humana ha escuchado lecciones semejantes y ha sido convidada á tales virtudes. Así es cómo en este mundo entregado á todos los orgullos, á todas las divisiones, á todos los odios, á todas las opresiones y las violencias, Jesús trazó en el alma de sus apóstoles los primeros lineamientos de un reino nuevo, fundado sobre la humildad y la mansedumbre, la misericordia y el perdón, el respeto y la salvación de todas las debilidades y de todas las miserias.

Semejante designio supone otro espíritu que el espíritu corrompido del hombre y explica esta palabra misteriosa que termina la plática:

—“La sal es buena,” ella preserva é impide la corrupción. Tened en vosotros el Espíritu que es la sal del alma: “No le

dejéis desazonar." El os dará la paz. "La paz sea entre vosotros."

Esta fué la última plática de Jesús en Capharnaum, la víspera de partir para Jerusalem y de abandonar la Galilea,

1 Marc., IX, 49.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



LIBRO TERCERO

TABLA DE MATERIAS DEL TOMO PRIMERO.

INTRODUCCION.

	Págs.
La crítica y la historia en una vida de Jesucristo.....	9

LIBRO PRIMERO.

LOS ORÍGENES DE JESÚS.

CAPÍTULO I.—Los tiempos.....	89
„ II.—Los orígenes de Jesús.—Su concepción.....	121
„ III.—Los orígenes de Jesús; desde su nacimiento hasta la vuelta á Egipto....	137
„ IV.—Valor histórico de las narraciones milagrosas del nacimiento y de la infancia de Jesús.....	156
„ V.—Adolescencia y juventud de Jesús.—Su educación.....	167
„ VI.—Vocación de Jesús.....	183

LIBRO SEGUNDO.

JUAN EL PRECURSOR Y LA VENIDA DEL MESÍAS.

CAPÍTULO I.—Los judíos en Judea, en el año 26.—Venida de Juan Bautista.....	201
---	-----

	Págs.
CAPÍTULO II.—Acción religiosa de Juan Bautista.—El bautismo de Jesús.....	227
” III.—Jesús en el desierto.—La tentación....	246
” IV.—Los principios de la vida pública.....	269
” V.—Jesús en Jerusalem, en la Pascua del año 781.—Primer apostolado en Judea...	286
” VI.—Jesús entre los Samaritanos.....	307
” VII.—Jesús, Hijo de Dios.....	324

LIBRO TERCERO.

EL APOSTOLADO GALILEO.—EL REINO DE DIOS.

CAPÍTULO I.—La Galilea y el reino de Dios.....	347
” II.—Jesús en Capharnaum.....	373
” III.—Curación del leproso.—Oposición de los fariseos.....	397
” IV.—El sermón de la montaña.....	415
” V.—El viaje á Naim.....	439
” VI.—Las parábolas del Reino de Dios.....	457
” VII.—La suprema injuria de los fariseos en Galilea.....	474
” VIII.—Instrucciones á los Doce.—Muerte de Juan Bautista.....	490
” IX.—La crisis mesiánica en Galilea.....	507
” X.—Viaje de Jesús á los confines de Tiro y de Sidón y á través de la Decápolis....	533
” XI.—La muerte futura del Mesías.—La Transfiguración.....	553
” XII.—Últimas pláticas en Capharnaum.....	571